

GASPAR HAUSER Y RUBÉN DARÍO

Jorge Eduardo Arellano

SIEMPRE ME llamó la atención que Rubén Darío se identificara con un personaje histórico: Gaspar Hauser. Todo un caso singular que aconteció en Alemania a principios del siglo XIX. Aunque se desconoce el año exacto de su nacimiento, parece que hacia 1815 fue raptado e introducido en una pequeña celda oscura, donde permanecería muchos años, hasta que una “mano invisible” decidió liberarlo. Su insólita aparición en la plaza de Núremberg el 26 de mayo de 1828 —Lunes de Pentecostés— conmovió a la ciudad.

El enigmático adolescente de unos diecisiete años solo podía pronunciar su nombre y una sola frase. Su ropa, en la que se advertían restos de seda, indicaba que había sido de calidad. Sus piernas estaban casi paralizadas por la falta de movimiento. En su espalda, un papel blanco contenía unas líneas dirigidas “al señor capitán de caballería del 4.º escuadrón, 6.º regimiento de caballería ligera”.

Gaspar Hauser se transformó en una atracción pública. Los médicos que lo examinaron dijeron que no era loco ni imbecil, pero que la separación a la fuerza del contacto con los seres humanos —desde su más tierna infancia— había determinado su desarrollo. Transcurridas seis semanas, Gaspar ya hablaba con fluidez y podía leer y escribir. Más tarde pudo dar una completa declaración acerca de su vida.

Se difundió por él mismo que estuvo prisionero en la celda o calabozo desde los tres años, durmiendo sobre un colchón de paja, sin escuchar sonido alguno e ingiriendo alimentos que alguien le llevaba mientras dormía. Poco tiempo antes de ser

conducido a la plaza de Núremberg, un hombre se introducía en su celda y le enseñaba a decir su nombre y la frase que debía pronunciar cuando lo encontraran.

De veintidós años más o menos ya era una persona ilustrada y había vencido casi todas sus fobias y dificultades. Contestaba cualquier pregunta de los profesores de la universidad, donde había aprendido latín; desarrollaba plenamente el sentido común y desplegaba una memoria fresca y vigorosa. No se le creía deficiente, ni autista, ni psicótico, sino un inusual que no encajaba en ningún molde humano conocido.

Gaspar fue tema de discusión y debate tanto desde la perspectiva filosófica y psicológica, como política y moral. De manera que su caso fue muy discutido. Su protector y biógrafo, el jurista Anselm von Feuerbach, fue el primero en relatar todas sus experiencias con el misterioso “inadaptado” e “hijo adoptivo de Núremberg”.

En su estudio, Feuerbach —siguiendo el código penal bávaro de su época— constató dos delitos en la persona de Gaspar: el de detención ilegal y el de abandono. Sin embargo, bastó la presencia de este ser “único en su género” para que destacase un vacío jurídico inquietante a nuestro relator —ciudadano del siglo XIX, no hay que olvidarlo—, quien reclamó la necesidad de legislar sobre un delito contra el alma, el cual “debería incluso tener un peso más importante que cualquier otro crimen”. Así, escribía: “Separar a un hombre de los otros seres racionales y de la naturaleza, dificultar su acceso a un destino humano, privarle de alimentos espirituales es el más criminal atentado, puesto que va dirigido contra el patrimonio más auténtico del hombre: su libertad y su vocación espiritual”.

Para Paul Verlaine, uno de los grandes poetas franceses más admirados por Darío, Gaspar Hauser fue uno de sus héroes preferidos. Lo mismo sería para Rubén, cuyo amigo el francés-argentino Paul Groussac fue el primero en señalar la afinidad de nuestro poeta con Hauser en la reseña que elaboró de *Los Raros* (1896) diciendo que el centroamericano había llegado

a Buenos Aires, “como canta el Gaspar Hauser de Verlaine”. En los años veinte, el chileno Armando Donoso retomaría esta relación: “Como él lo recordara en más de una oportunidad, había en su carácter algo de Gaspar Hauser verlainiano: emotiva y tierna ingenuidad hecha de timidez y sufrimiento”. Y el argentino Enrique Anderson Ímberit atinaba en los sesenta: “¿Qué miradas arrojó Darío a la bibliografía procedente de los raros documentos y testimonios publicados desde 1829 por Anselm von Feuerbach, P. H. Stanhope, Mittelstadt y otros?”

Es difícil responder esa pregunta. Mas dos alusiones de Darío a este Segismundo germánico quedaron, al menos, en dos piezas confesionales: en la “Epístola a la señora de Leopoldo Lugones” (1906), donde se autorretrata como “hermano triste de Gaspar Hauser”; y en su novela autobiográfica *El oro de Mallorca* (1913-14), en la cual compara a su álter ego Benjamín Itaspes con el “invariable solitario, eterno huérfano, Gaspar Hauser”.